

Ignacio Lago Alvarez

El cable, con un laconismo desesperante y frío, acaba de comunicar la muerte de este joven, dilecto amigo nuestro, ocurrida en una ciudad de Alemania. Leímos y releímos la noticia fatal, en actitud de asombro, sin que quisiéramos convenir, de pronto, en su veracidad, por más que la Escritura nos advierta con palabras de inexorable cumplimiento, cuán frágil y fugaz es la vida presente y que la experiencia nos enseñe día por día y hora tras hora cómo se van de nuestro lado, en momento imprevisto, y se hundan en el seno de la muerte, seres íntimamente unidos a nuestro corazón; que forman el atractivo y la devoción de nuestra vida y cuya existencia, llegamos a pensar en nuestro engaño, debía de pertenecernos para siempre.

La esperanza de que la muerte del joven Lago no se confirmara, se fue debilitando poco a poco, hasta que la realidad abrumadora se puso a plena luz y vino a dejar el pesar en el ánimo de sus amigos y el luto y la desolación en su familia, que lo llora hoy con intensa amargura y que repite como lenitivo en su dolor, estas palabras de fe y de supremo consuelo: Dios nos lo dio y le plugo quitárnoslo luégo: bendita sea para siempre su voluntad sacrosanta.

Cómo imaginarnos cuando le dábamos, en la estación bulliciosa y ante la máquina trepidante que comenzaba a marchar, los últimos adioses de despedida, que ellos habían de ser para un viaje definitivo y sin retorno. Cómo pensar que una vida que principiaba apenas a recibir las caricias de la primavera y formada para la resistencia y para la lucha, había de extinguirse de modo tan súbito

y fácil; cómo sospechar siquiera que aquella juventud armoniosa se había de desvanecer con la prontitud con que se desvanecen en el cielo azul las nubecillas de verano! Pero la realidad es así: no admite que la humana prudencia la modifique, y nada pueden para cambiarla ni los extremos de la amistad ni las delicadezas y ternuras de los amores más acendrados, y ante la pérdida definitiva de los seres queridos, cuya compañía ha cesado para siempre en este mundo de pesares, no nos queda más consuelo que la cristiana resignación y la idea piadosa y cierta de volvernos a encontrar cuando traspongamos nosotros también los linderos de la vida.

Los mirajes más encantadores se desenvolvían ante los ojos del joven Lago: el camino de la vida apenas hollado, familia distinguida, alta posición social, bienes de fortuna y él, personalmente, cumplidísimo caballero, cristiano a carta cabal, de ingénita nobleza de sentimientos, y en punto de atractivos, buen mozo, simpático, de maneras sueltas y sencillas, sin asomos de pretensión, de carácter sin complicaciones ni durezas, de trato afable que le ganaba las simpatías de quienes le trataban, de gracia expansiva en la conversación. Su espíritu en perpetua vibración, buscaba lo desconocido, lo lejano, lo que significara movimiento, vida, por eso marchó a tierra extranjera, dejando el suelo nativo y en él a su madre, a sus hermanas y a sus amigos y quizá alguna deidad que principiaba a ser la reina de sus ilusiones.

Pero todo esto ha terminado, y el joven que llevaba en las manos los dones que pide la felicidad para dar entrada en sus dominios, enderezó su nave definitivamente hacia playas remotas de donde nunca ha de tornar, acabándose en él un apellido que han llevado en Bogotá varias generaciones de hombres buenos.

La veneración con que guardó la memoria de su pa-

dre, aquel varón nobilísimo que se llamó José Ramón Lago, y el culto que rendía a su madre, traducido en manifestaciones de acendrado amor, habrán recibido ya de manos del Eterno la debida recompensa.

ANGEL MARÍA SÁENZ

Hernando Sáenz Caicedo

El Colegio del Rosario está de duelo por el fallecimiento de uno de sus buenos alumnos, cuyo nombre hemos inscrito a la cabeza de estas líneas.

Hijo de una familia sumamente honorable y cristiana, dotado de aquella exquisita cultura que sólo se adquiere en el hogar, suave de carácter, inteligente y cumplidor de su deber, Hernando se había granjeado el cariño de sus superiores y de sus discípulos. Dios se lo llevó, según la frase de la Escritura, «para que la malicia no le mudara el entendimiento; ni las apariencias del mundo le engañaran el alma». El Claustro dispuso solemnes honras, que se verificaron en la capilla del Colegio; y han acompañado al malogrado joven, en su eterno viaje, las lágrimas de su familia y de sus amigos, que conservarán inviolable su memoria.

Grado en jurisprudencia

El distinguido alumno, natural del departamento del Magdalena, señor don Isaías Daza Portela, presentó su examen final para optar el grado de doctor en jurisprudencia. Su tesis titulada «Contrato de seguro terrestre», es un estudio original y muy bien pensado. El doctor Daza se distinguió en los claustros por su caballeroso porte y su extraordinaria cansagración al estudio. Reciba nuestras calurosas felicitaciones.

